

La montura Galápagó, creatividad a todo galope

¡A cabalgar se ha dicho!

Redacción: Aracely Esquivel/ Investigadora del Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

Para las mujeres del oriente del país nada era imposible y menos cuando se trataba de andar a caballo para transportarse, divertirse o salir de paseo.

Montar de lado era, para la mujer, una forma elegante de cabalgar. Aunque pareciera incómoda o insegura, si la bestia que se montaba era de trote lento y mansa, la mujer se sentía tan cómoda como si montara a horcajadas. Este tipo de monta, propio del área rural del sur oriente y oriente de Guatemala, se fue perdiendo con el correr de los años principalmente por la construcción de carreteras que permitió el ingreso del transporte público motorizado a las comunidades de camino de herradura, en donde, tanto hombres como mujeres se desplazaban a caballo. Asimismo, los campesinos con recursos adquirieron vehículos propios; desplazando de

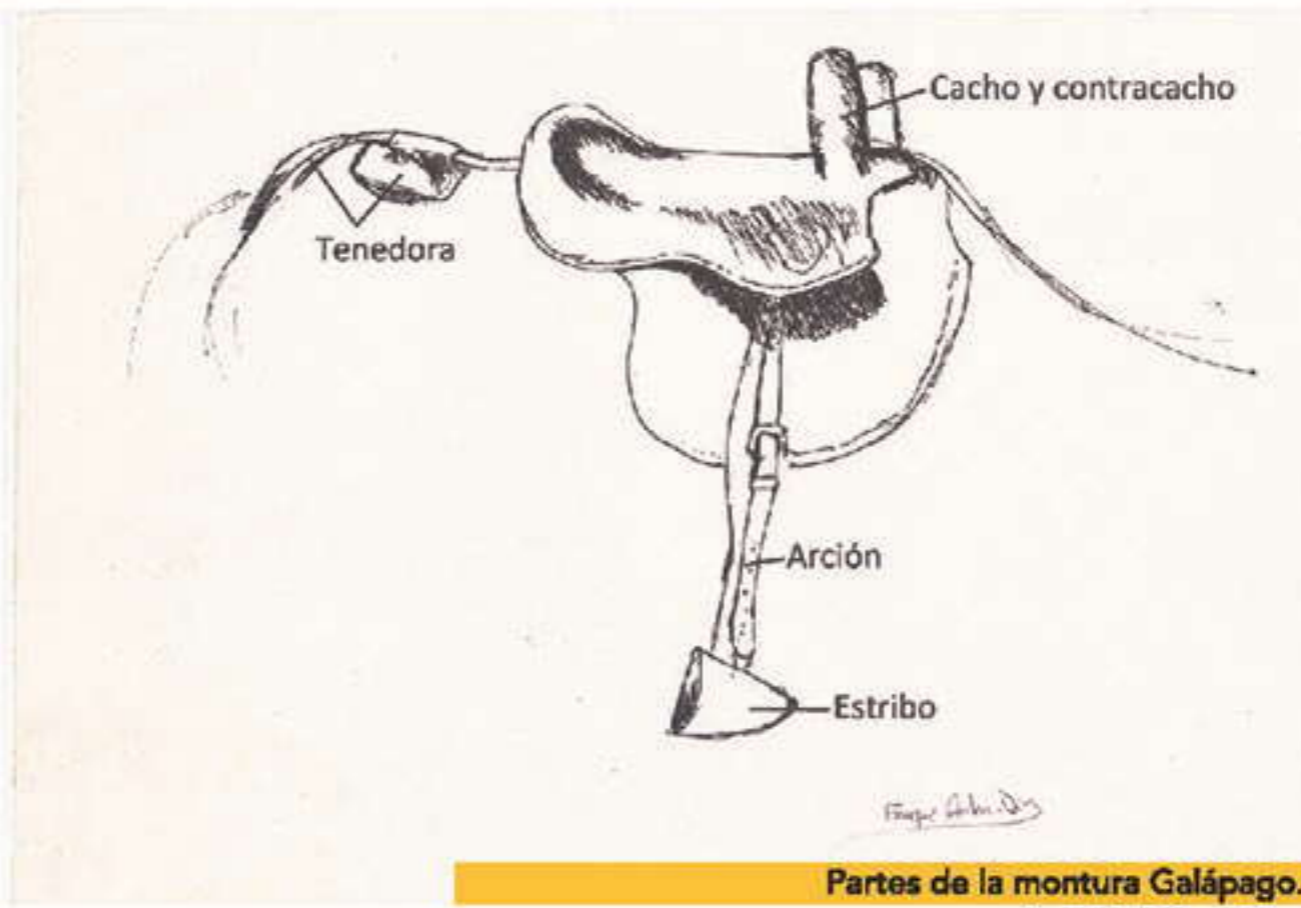
esa manera el uso de las bestias y la monta de lado como medio para trasladarse de un lugar a otro.

Las mujeres tenían gran destreza en el arte de mantener el equilibrio sobre el lomo de una bestia, ya fuese equino o híbrido. Las más experimentadas galopaban en sus monturas llamadas Galápagó en forma elegante sin peligro de caerse, pues esta montura femenina, tenía usos sociales dentro de la cultura hípica oriental ya que, la costumbre de antes era que la novia que se casaba, tenía que salir de su casa montada en su caballo blanco acompañada de los familiares del novio, de la novia, amigas y amigos. Mientras más numeroso era el acom-

pañamiento más vistoso era el desfile hasta llegar a la iglesia. Encabezaban el desfile: la novia, el novio, seguidos de los padres, los padrinos y por último las amistades.

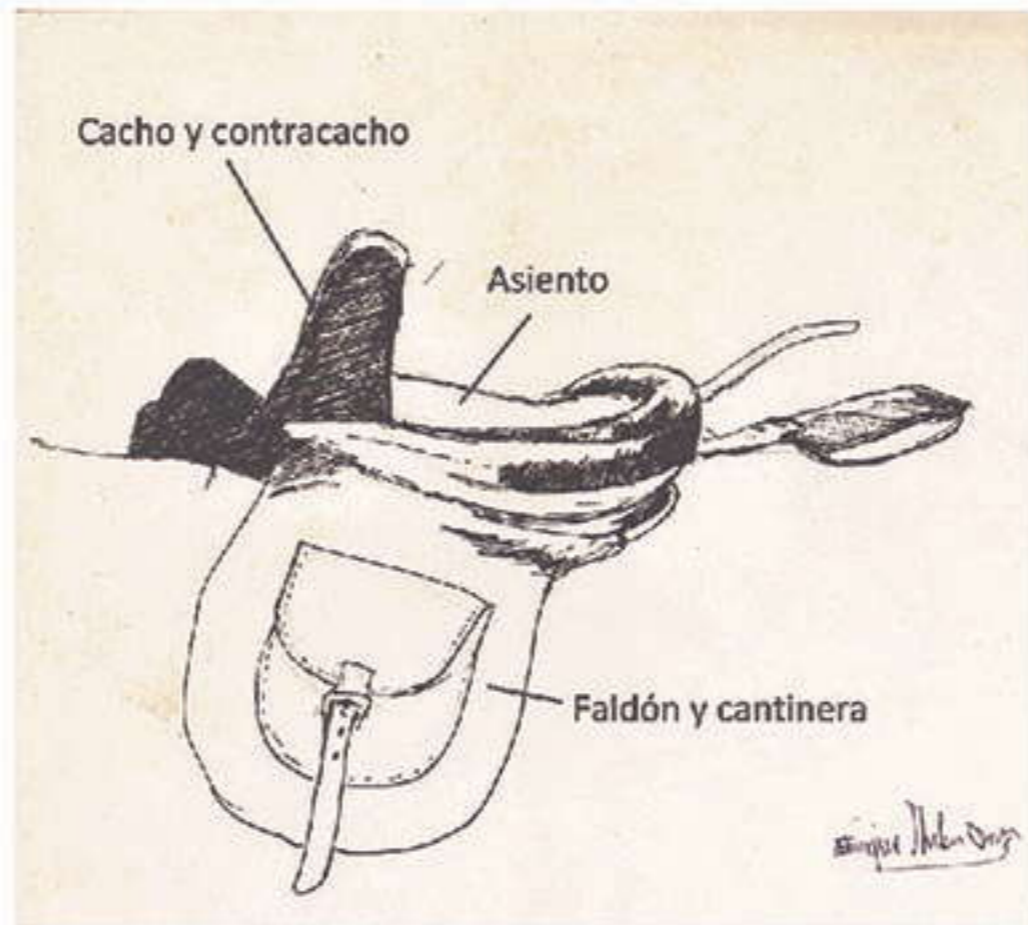
Para poder realizar la monta de lado, era indispensable una silla apropiada, denominada Galápagó.

Cuenta Emma Marroquín, que su madre Virginia Marroquín era tan hábil para montar que no necesitaba bajarse del caballo para abrir las puertas de los potreros, cuando iba con su pequeño hijo lactante a dejar el almuerzo a su esposo, al campo de cultivo.



Partes de la montura Galápagó.

Ilustración: Enrique Anleu



La montura tenía todo lo que las mujeres necesitaban al cabalgar.

Ilustración: Enrique Anleu



Galápagó de Doña Virginia Marroquín.

Foto: Aracely Esquivel



Doña Consuelo Gutiérrez, montando a caballo.

Foto: Aracely Esquivel



Don Carlos Enrique López, talabartero y restaurador de Taxisco, Santa Rosa.

Foto: Aracely Esquivel



Caballo ensillado donde se destaca la bolsa "Cantinera" de la montura Galápagó

Foto: Aracely Esquivel